



Fotografía: Alfredo Cedeño

Los límites de mi lengua

ANÍBAL RODRÍGUEZ

(UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, NURR- TRUJILLO)
anibalrodriguez264@hotmail.com

*Un pueblo sin conciencia de la lengua termina repitiendo
los slogans de los embaucadores; es decir, muere como pueblo.*

Rafael Cadenas

Como es sabido, a Platón le gustaba enseñar por medio del mito. Uno de los mitos más complejos probablemente es aquel en donde expone el origen de la escritura. Lo presenta en *Fedro*. Allí se cuenta que una vez el dios egipcio Theut llegó ante el rey Tamus para presentar el mayor de los inventos: la escritura. Se trataba del fármaco de la memoria. Ya no era necesario memorizar las grandes o pequeñas sagas de los pueblos para su trasmisión y conservación, pues desde ahora podrían escribirse. A lo que el rey replicó, escéptico, que ese no era el remedio para la memoria, pues si la tradición se escribía ya no habría por qué memorizarla y se olvidaría.

Bien sea escrita u oral, la labor de los poetas ha sido, desde antaño, transmitir y renovar la tradición de su sociedad a través de su trabajo. Pero ¿qué ocurre cuando esa sociedad niega la labor que durante siglos han ejercido los poetas, cuando se rehúsa a escuchar la voz del bardo, que no es su voz sino la voz de la tribu, es decir, la voz colectiva? Por la maravilla de la poesía la voz que se lee en el poema es también nuestra voz.

Recibido el 07/05/2010 en el Auditorium César Rengifo de Mérida en el marco del Homenaje a Rafael Cadenas ofrecido por la Universidad de Los Andes Mérida-Trujillo.

Lo que conocemos como Modernidad es un tiempo de muerte de lo sagrado. ¿Qué ocurre cuando el arte, sustituto del mito y de la religión se encuentra sometido a la era de la reproducción técnica? ¿Qué ocurre cuando la sociedad en vez de escuchar el silencio, parte constitutiva de la palabra, se ve sometida por el ruido y la cháchara de los mercadólogos, publicistas o corredores de bolsa? Los griegos llamaban extranjeros a quienes no hablaban su idioma. Los extranjeros eran los otros, los diferentes, los bárbaros, es decir, los que balbuceaban, torpes y toscos al oído. Frente a los que balbuceaban estaban los idénticos, aquellos que comprendían y se hacían comprender. De esta manera nació también la noción de ciudadano. El ciudadano es un ser político, que habla y escucha a la vez. Aquel que cuida de sí y del otro. Hablamos y escuchamos no para hacernos comprender sino para comprender lo que dice el otro. Solo porque hablamos hemos podido crear leyes, instituciones. Convivimos uno al lado del otro. Comprendemos y nos comprendemos.

Una de las preocupaciones fundamentales del poeta, del pensador Rafael Cadenas, quien nos honra con su presencia en esta magnífica noche, ha sido la de la trasmisión, conservación y actualización de la cultura. Parte importante de su obra poética y ensayística gira en torno a esta problemática. Para Cadenas el lenguaje no es sólo un instrumento de comunicación, sino parte constitutiva de lo humano, por eso nos advierte: “El lenguaje es inseparable del mundo del hombre. Más que al campo de la lingüística, pertenece, por su lado más hondo, al del espíritu y al alma”. Para el poeta, el lenguaje da forma a los individuos y a la sociedad. Lenguaje y mundo son uña misma cosa. Así mismo, lenguaje y pensamiento son un mismo momento que no podemos distanciar, son un mismo acto. Solo quien lee y escribe bien, piensa bien, pareciera

decirnos el autor. Esto relaciona al autor venezolano con una importante tradición filosófica de nuestro tiempo: la hermenéutica.

Si el lenguaje es el centro de la vida humana –se pregunta el poeta–, ¿por qué ni el Estado ni las instituciones educativas ni los políticos se preocupan por la situación de deterioro e indigencia en que se encuentra el lenguaje de los venezolanos? Recordemos que su libro *En Torno al Lenguaje* es de 1984, sin embargo los planteamientos esbozados allí son cada día más actuales. La preocupación del poeta es que la quiebra del lenguaje es también la quiebra de nuestra sociedad, pues muestra el fracaso como nación. Si ésta quiere preservarse y diferenciarse de otras naciones debe comenzar por preservar su lengua que es el lugar donde se conserva y actualiza la cultura. Así, pues, cuando Cadenas plantea la situación de deterioro del lenguaje de los venezolanos, lo que le preocupa es cómo preservar y transmitir la cultura de esta nación llamada Venezuela, y aquí la noción de cultura se amplía. El autor no se explica cómo la sociedad venezolana no reacciona ante la violencia ejercida por la industria cultural de masas, cuyo objeto es vender y vender.

Pero, ¿qué le ocurre a un pueblo, a una nación, cuando su principal patrimonio –su lengua– se ve limitado? “Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”, afirmaba hace tiempo el pensador vienés Ludwig Wittgenstein. Efectivamente, los límites del lenguaje marcan los límites de los individuos, de esa manera lo manifestamos cuando decimos que una persona tiene su horizonte limitado. Los límites de su horizonte los marca su lenguaje. Asimismo le ocurre a una nación o grupo social. Por lo tanto, una sociedad que no se preocupa por las manifestaciones del lenguaje se convierte en una sociedad de indigentes, se extravía, se vuelve bárbara, más precisamente balbucea. Esa es la situación en que vive la sociedad venezolana.

“Hemos entrado en una barbarie –nos advierte el autor–, no ha habido invasiones. Después de todo, los bárbaros portan una energía que vigoriza civilizaciones cansadas. En nuestro tiempo es la sociedad la que, revestida de progreso, se barbariza.”

Efectivamente, los venezolanos nos hemos vuelto extraños a nosotros mismos, extranjeros en nuestro propio suelo. Como quien vuelve a su antiguo barrio y no logra ya reconocer la casa ni reconocerse en esa geografía, la geografía de nuestra lengua.

Para Cadenas esta situación de extrañeza nos ha vuelto indefensos ante charlatanes de todo cuño. Nuestra preocupación fundamental debe ser entonces cómo recuperarnos, cómo restablecer nuestra familiaridad, nuestra antigua fortaleza ante las invasiones externas o internas; de qué manera recobrar nuestra lengua, es decir, volver a ser ciudadanos, a estar uno al lado de otro, a cuidar de sí y de los demás que es la labor de toda sociedad sana en la cual se respete la diferencia. Hemos de volver entonces a nuestra lengua materna, que se encuentra atesorada, vigorizada y fortalecida en la palabra de nuestros poetas y escritores, en nuestros artistas. Cadenas nos invita a volver a la voz de la tribu, nuestra propia voz.